
*Desarrollo “desigual” e integración: las múltiples asimetrías del Mercosur**

← Miguel Serna**

El problema

La reciente crisis económica brasileña en 1999 puso nuevamente en debate la influencia de las desigualdades entre los socios del Mercosur sobre las perspectivas de desarrollo del proceso de integración. La interpretación dominante existente en diversos ámbitos de actores y dirigentes, así como de varios analistas externos, es que la preeminencia económica de un socio “muy grande” sería uno de los problemas centrales de la integración regional. El tema de las asimetrías ha sido planteado desde el inicio debido a la fuerte presencia de los socios mayoritarios, que concentran el 96% de la población, el PBI global y las exportaciones totales del Mercosur (Faroppa, 1995: 25). A su vez, la relación entre los dos “grandes” tampoco es igualitaria: por ejemplo, en el plano de las exportaciones y de generación del PBI, Brasil triplica los montos globales de Argentina².

El objetivo de este trabajo es complejizar el tratamiento del tema sugiriendo otras líneas de interpretación posibles –aunque no necesariamente contradictorias con esa tesis. En primer término, se planteará la problemática de las desigualdades entre las sociedades miembros del Mercosur no meramente en el plano económico, sino también en el plano político y social, mostrando las posiciones comunes y diferenciales en las diversas dimensiones. A partir de ello se propondrán dos líneas de interpretación paralelas: la comprensión de las desigualdades históricas

* Ponencia presentada al *Seminario Mercosur en integración. Un problema societario* (Depto. de Sociología-Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República en Montevideo), 30 y 31 de marzo del 2000.

** Sociólogo, Profesor del Departamento de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales y de la Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de la República, Uruguay; investigador del Fondo Nacional de Investigadores Científicos; Candidato a Doctor en Política Comparada, Universidad Federal de Río Grande del Sur/RS-Brasil.

como condicionantes “estructurales” de largo plazo que restringen los márgenes de maniobra en el proceso de integración, y por otro lado la comparación de las desigualdades en términos de “dinámicas”, de avances o retrocesos en los procesos de mediano plazo, y sus implicancias para la agenda de la “integración regional”.

La perspectiva analítica usada en el presente trabajo es de corte histórico-comparativa; esto significa la utilización de algunas variables sociológicas de largo plazo (seleccionadas como relevantes en la literatura académica) para entender las trayectorias históricas comunes y diferentes entre las “sociedades nacionales”. En ese sentido, el concepto de “Desarrollo”, desde una tradición sociológica, será clave para entender un proceso social complejo, multidimensional, y una construcción histórica que no está predeterminada (que puede tener avances y retrocesos).

En este sentido, las preguntas se orientan a reconstruir el “legado histórico” del desarrollo desigual de las estructuras sociales pasadas, tanto para observar su influencia en diversas dimensiones sobre los procesos recientes, como para analizar en qué medida han sido modificadas en el proceso de integración regional en curso. Dicho en términos más simples: en qué medida lo pasado y lo presente, lo viejo y lo nuevo, se transforman, se absorben o se reproducen mutuamente.

En esa perspectiva, el análisis se va a focalizar en tres ejes o dimensiones básicas de lo que podría denominarse “legado histórico” en la formación moderna de esas sociedades. Primero, la conformación originaria de las estructuras políticas; segundo, el modo de desarrollo de modernización social; y tercero, el desarrollo económico y la forma de inserción en el comercio internacional como factor coadyuvante de la integración regional.

Es preciso advertir los límites de este trabajo, que no pretende centrarse en los aspectos más típicos de la integración en el Mercosur como ser las relaciones internacionales entre Estados, o el intercambio económico comercial regional, o el funcionamiento de organismos supranacionales comunes. Este trabajo se acota a una problemática específica de la integración: en qué medida la desigualdad de “desarrollo” entre los países puede ser considerada como un condicionante externo y, al mismo tiempo, un elemento potenciador en el proceso de integración regional. En este sentido, se resaltarán la multidimensionalidad del fenómeno y la influencia recíproca de las variables sociopolíticas en los procesos económicos. El trabajo concluye con una serie de escenarios alternativos de desafíos futuros en la “agenda” de la integración entendida como un proceso más complejo y amplio que la integración económica comercial.

El enfoque

El abordaje elegido para analizar el problema se puede denominar como un tipo de *sociología histórica comparativa* (Serna, 1998). Esta perspectiva analítica preten-

de destacar tres dimensiones relevantes. En primer término, la utilización de la *variable temporal* en tanto variable de control y a ser explicada. Esto significa recuperar la historia “real” de los procesos sociales en tiempos y espacios concretos, como un objeto de estudio sociológico³. La reconstrucción histórica de lo social supone por un lado que la “sociedad nacional” es una construcción que posee una temporalidad vital, con sus ciclos, desarrollos y rupturas; y por otro, se asume también que la acción colectiva y el cambio social tienen una gama de “imprevisibilidad” a partir de las alternativas objetivas dadas por los condicionantes estructurales en un tiempo histórico concreto. Es justamente esa interrelación entre instituciones y procesos sociohistóricos la que va a marcar la especificidad de las trayectorias “nacionales”.

La segunda dimensión subrayada es la *perspectiva comparativa*, lo cual significa que las sociedades y sistemas políticos nacionales no pueden ser estudiados aisladamente, desvinculados de un sistema regional e internacional más global que explica la construcción histórico-social de las grandes unidades o agregados sociales nacionales, así como su interrelación y dependencia mutua.

En tercer término, la explicación histórica-comparativa posee una pretensión generalizante más acotada a casos y tipos focalizados mediante la *identificación de factores macroestructurales de largo plazo*⁴. En este sentido, se busca comprender la especificidad del espacio regional conformado por el Mercosur en el continente a partir de la explicitación de la combinación de factores macrocondicionantes principales que influyeron en la diferenciación de las configuraciones históricas de los sistemas sociales nacionales y sus afinidades electivas en los procesos de desarrollo. La breve presentación y selección de variables macrosociológicas comunes se realiza a partir de la revisión de los principales aportes de la literatura académica existente en los países, así como de estudios comparativos de América Latina.

De esta forma, y con una finalidad más heurística que teórica, vamos a proponer el concepto de *matrices sociopolíticas*⁵ para describir las configuración de estilos de desarrollo “nacional”, constituidos por un armazón o entramado de relaciones articuladas de tres dimensiones básicas identificables a lo largo de períodos históricos de larga duración:

1. el desarrollo de los sistemas políticos nacionales en tanto conjunto de estructuras políticas diferenciadas;
2. los patrones de modernización y desarrollo social;
3. la modalidad de industrialización y el ritmo de integración económica⁶.

Dentro de cada una de las tres dimensiones de análisis se distinguirán las que pueden considerarse variables o factores macroestructurales de largo plazo de aquellas variables que son utilizadas para medir procesos de mediano plazo y dinámicas recientes.

No obstante, es imprescindible advertir que el presente artículo no pretende ser un análisis comparativo detallado ni profundo de los “casos nacionales”, ni tampoco brindar una visión completa que dé cuenta de todas las fases o períodos históricos, sino que posee un objetivo más acotado: respetando las singularidades históricas, procura dar un marco explicativo comparativo de los factores estructurales comunes de larga duración en la formación y diferenciación de los desarrollos “nacionales”.

Nos referimos así a los diferentes clivajes que han marcado el desarrollo de las sociedades nacionales “modernas”. El análisis de los principales elementos constitutivos (y no todos) de las matrices sociopolíticas nacionales sirve para comparar los rasgos comunes y diferentes en el desarrollo de las mismas. En contrapartida, las objeciones que puedan hacerse serán válidas en la medida en que demuestren que existe algún factor estructural “relevante” que omitimos para la comprensión del desarrollo de los casos seleccionados.

Este tipo de abordaje será fructífero en tanto marco de referencia analítico para la generación o discusión de las hipótesis específicas del proceso reciente de integración regional.

El legado histórico comparativo del desarrollo de los países

Estructuras políticas: estado, instituciones y cultura política

La etapa fundacional de los sistemas políticos latinoamericanos estuvo marcada por la combinación de una serie de *macrovariables políticas* “*stricto sensu*” que definieron caminos distintivos en la conformación del orden político “nacional”.

El clivaje más antiguo en la constitución originaria de los sistemas políticos nacionales fue el momento de *fundación del Estado Nacional* en el marco internacional. Dos patrones políticos de desarrollo emergen como distintivos de las formaciones nacionales: por un lado, el brasileño expresó un tipo de Estado Nacional cuya implantación fue precoz y con gran fortaleza burocrática, en contraposición a una aparición y desarrollo más tardíos en Argentina (Trindade, 1986: 139), Paraguay y Uruguay. Esta modalidad diferencial de constitución originaria de los aparatos administrativos estatales se relaciona con la ausencia de quiebre de los vínculos entre la metrópoli portuguesa y la colonia para el caso brasileño, lo que favoreció la conformación temprana de un centro administrativo burocrático patrimonial y sirvió de armazón institucional para la consolidación de un Estado nacional.

En los otros tres casos, en cambio, las estructuras políticas nacionales se fueron construyendo a partir de los procesos de descolonización por ruptura revolucionaria característicos del área hispánica de América Latina, lo que implicó por una parte la desestructuración de los centros de autoridad administrativa coloniales, y por otra retardará la constitución de un aparato burocrático estatal asociado a las etapas iniciales del desarrollo capitalista nacional dependiente.

Un segundo factor político de corte macroestructural que tuvo que ver con la forma de construcción del poder político, y que no pasa desapercibido a ningún observador, es la *forma de organización de la autoridad política sobre el territorio*. Nos referimos al tamaño y peso demográfico del territorio nacional controlado y a la forma de administración del gobierno. El caso brasileño se destaca por su extensión continental y por la organización federal del Estado; esta última característica es compartida con su vecino argentino, en contraposición con Uruguay y Paraguay, países de dimensión territorial pequeña y con Estados unitarios.

La distinción administrativa no es menor cuando comparamos la influencia decisiva de los clivajes regionales internos en la historia política brasileña y argentina con el papel geopolítico más acotado de los “estados pequeños”. El estado uruguayo fue conformado como “Estado amortiguador” entre dos “grandes” y con una base físico-material limitada; asimismo, el estado paraguayo estuvo caracterizado por su situación mediterránea y su reducido peso físico-material, que ha visto condicionado su destino por las relaciones externas con sus dos “poderosos” vecinos.

Sin embargo, a pesar de todas esas distancias en los orígenes durante el siglo XIX, la formación de estados centrales con un papel político decisivo (Badie y Hermet, 1993: 189; Rouquié, 1990: 109) y con regímenes de gobierno presidencialistas, son patrones comunes a todos (Nohlen, 1998: 87).

Otra variable relevante para comprender la configuración de las matrices sociopolíticas es la composición y formación de la *elite dirigente en la etapa fundacional del Estado nacional* (Trindade, 1986: 143). Brasil nuevamente es un caso extremo que contó con una elite política sumamente homogénea y unida (Carvalho, 1996: 34) desde el punto de vista de su socialización educativa y de los perfiles sociopolíticos de los dirigentes que mantuvieron la continuación de los lazos con la antigua colonia portuguesa. En contraposición, las elites políticas de las excolonias del Virreinato del Río de la Plata, Argentina, Paraguay y Uruguay, sufrieron un proceso de fragmentación en el período de independencia nacional.

A ese factor diferenciador se le debe agregar la influencia clave del tipo de relaciones establecidas entre las clases económicamente dominantes y los cuadros políticos dirigentes en el proceso fundacional del Estado nacional y la consolidación del sistema político.

El caso brasileño muestra una temprana integración “litúrgica” entre la elite política dirigente (unificada en la dirección del Estado burocrático-patrimonial central) y las clases terratenientes dominantes en los poderes regionales y locales, que desdibujará los límites entre público y privado durante la etapa imperial. El término de relaciones o servicios “litúrgicos” es reiteradamente utilizado en la literatura académica para describir la interrelación, la cooptación recíproca de intereses entre el Estado burocrático-patrimonial central y los intereses particulares

de oligarquías agrarias locales. En este sentido se puede citar a dos autores bastante representativos: por un lado, Fernando Uricoechea (1978) define como “litúrgicas” a las relaciones recíprocas de cooperación y contraposición de intereses entre la organización estatal del orden nacional a nivel de la burocracia central y la administración del orden local por los poderes privados durante la época imperial; y por otro, José Murilo de Carvalho (1996) llega a la misma conclusión respecto de la “dialéctica de la ambigüedad” entre la fortaleza de la elite dirigente y la existencia de un aparato burocrático estatal “macrocéfalo” pero con “piernas cortas”, dependiente de los “servicios litúrgicos” de la agricultura exportadora de base agraria-esclavista de la que recaudaba sus impuestos.

La consolidación de las estructuras políticas y del Estado nacional en la Argentina llegará seis décadas más tarde, luego de terminadas las guerras civiles de emancipación nacional. Es durante el régimen oligárquico-conservador del ‘80 que se conformó un compromiso político, un “pacto de dominación” nacional entre la elite dirigente y las clases económicamente dominantes. La fórmula política-institucional del orden oligárquico (explicitado con gran detalle por Natalio Botana, 1986) instaurado entre 1880 y 1916, aseguraba reglas de control y una distribución del poder que fortaleció una clase política unificada en una pequeña minoría dirigente. Pese a la ausencia de estudios suficientes sobre la estructura de clases de la época, Oscar Oszlak afirma que el régimen político del ‘80 permitió un “pacto de dominación” que contribuyó por un lado a consolidar el Estado nacional, y por otra parte a regular los conflictos inter-fracciones de la clase dominante: comerciantes, burguesía, estancieros, etc. (Oszlak, 1982: 251-52).

En Paraguay las estructuras políticas han sido recurrentemente caracterizadas por la presencia de una larga tradición autoritaria, una organización jerárquica y cerrada de la sociedad, y la simbiosis en el poder estatal de los sectores oligárquicos. Esta simbiosis clientelística y cooptación prebendaria estatal de los sectores económicamente dominantes, sumada a la escasa diferenciación y visibilidad de la burguesía, continuará como un rasgo de largo plazo de la matriz sociopolítica (Caballero y Masi, 1989: 137-151).

Finalmente, en contraste con las experiencias previas, la consolidación de las instituciones políticas en Uruguay se realizará mediante la unificación y profesionalización de los elencos políticos dirigentes con relativa autonomía en relación a los sectores agropecuarios económicamente dominantes. Desde la obra clásica sobre el “Patriciado uruguayo” (Real de Azúa, 1983) se destacó en el origen social de la clase dirigente nacional fundacional de la primera mitad del siglo XIX un reclutamiento social más pluriclasista y urbano, que se distinguía del resto de las elites latinoamericanas del área hispánica marcadas por el predominio de las aristocracias u oligarquías terratenientes. La conformación de un elenco dirigente relativamente unido y autónomo respecto de los intereses económicos de las clases dominantes se refuerza debido a un doble proceso de desarrollo histórico

durante la etapa de consolidación y democratización de las estructuras políticas: por una parte el desarrollo del poder del Estado nacional en la sociedad, y por otra la debilidad de las clases conservadoras-rurales frente al Estado y de las clases populares respecto de las conservadoras (Barran y Nahum, 1986). Ello no anuló, empero, el poder en tanto grupo de presión del sector agropecuario tradicional exportador debido a su peso estratégico en la economía nacional (De Sierra, 1979).

Otro factor decisivo en el proceso de consolidación de la estructura del Estado Nacional y de la formación del sistema político es el modo de profesionalización del *Ejército* y su influencia en la política. En Brasil se produjo una profesionalización y politización tardía en la etapa de construcción fundacional del Estado nacional, en contraposición al patrón de profesionalización y politización temprana consecuencia de las insurrecciones civiles y de las guerras de fronteras típicas del período post-independencia de las ex-colonias hispánicas⁷. También fue contrastante el grado de autonomía política que tuvo el ejército en tanto corporación durante el período de consolidación del aparato estatal. De esta forma, el ejército brasileño jugó un papel crucial en la política post-imperial, integrándose como uno de los sectores dirigentes y asimismo cumpliendo un rol de moderación en las disputas inter elites políticas por el poder estatal.

En Argentina, la profesionalización del ejército fue paralela al proceso de consolidación del Estado nacional y del sistema político oligárquico. Cuando el orden oligárquico comienza a resquebrajarse, el ejército muestra el grado más alto y recurrente de estructuración de los militares en actor político (Rouquié, 1980), papel que jugará activamente a lo largo de todo el siglo XX.

El papel “privilegiado” de las FF.AA. en Paraguay deviene de la necesidad de vigilancia de un territorio mediterráneo sin fronteras naturales. A pesar del temprano proceso de independencia nacional y profesionalización del ejército, la derrota en la “guerra de la Triple Alianza” los relegó de la escena política hasta después de finalizada triunfalmente la “guerra del Chaco” (1932-35). En 1940 se produce la primer dictadura militar, de fuerte impronta anti-liberal. Poco tiempo después las FF.AA. dejan ejercer el gobierno directamente y se integran como un factor de poder entrelazado en la estructura de gobierno dominada por el partido colorado (Graña, 1998: 4).

El último caso, la génesis del ejército uruguayo, participó del proceso de politización temprana en las guerras civiles del siglo XIX, y arbitrando en breves períodos de gobierno en las disputas inter-partidarias. La formación de un ejército en sentido moderno se produce paralelamente a la consolidación de la estructura burocrática del Estado nacional en el último cuarto del siglo. Con el desarrollo del sistema político democrático en la primera mitad del siglo XX, el ejército asume un papel secundario en el ámbito político. Sin embargo, a medida que se vislumbra una crisis hegemónica de dominación durante las décadas del ‘60 y el ‘70, gradualmente avanzan hacia el poder estatal que culmina en la intervención

política en 1973 y la reestructuración del bloque en el poder (López, 1985). Como resultado de la “autonomización profesional” dentro del Estado y la “politi-zación creciente”, se desdoblaron sus funciones hacia una corporación militar-política (Rial, 1986: 34). La percepción de fracaso de la gestión del gobierno militar y la salida democrática pactada en los ‘80 los hacen replegar de la escena política a su proyecto profesional corporativo.

Una variable relevante a la hora de entender los tipos de desarrollo de las estructuras políticas es el *tipo de cultura política prevaleciente*, en particular el tipo de incorporación de tradiciones de pensamiento liberal en los actores e instituciones políticas, y su influencia sobre los procesos de democratización.

En los cuatro casos elegidos, la adopción de doctrinas liberales tuvo vías diferentes. En Brasil la importación de un liberalismo conservador –continuador de la tradición monárquica– fue lenta, progresiva a lo largo del tiempo, y en convivencia con prácticas autoritarias (Trindade, 1985). Argentina, por su parte, tuvo una expansión de las matrices de pensamiento liberal que permeó la consolidación de las estructuras políticas del siglo XIX. El caso uruguayo fue receptáculo de una amplia difusión de ideas liberales, de cuño humanista y secular aunque con un efecto intermitente e inestable en el funcionamiento cotidiano de las instituciones políticas durante todo el siglo XIX. En contraste con los tres casos anteriores, en el Paraguay del siglo XIX el liberalismo es el gran ausente de una nación forjada en una tradición autoritaria, donde la introducción de doctrinas liberales se produjo como un trasplante externo, tardío y como resultado de la derrota en la Guerra de la Triple Alianza.

La importación del liberalismo europeo triunfante del siglo diecinueve –mezclado con una dosis variable de positivismo– dio lugar a modelos de democracia liberal excluyentes, con bases sociales restringidas, de matriz oligárquica. Como consecuencia, la participación liberal ciudadana reducida a los grupos de poder estuvo en contraposición y tensión permanente con la ampliación democratizante de los espacios de participación a las masas rurales inorgánicas, y a los nuevos sectores subalternos organizados, resultantes del proceso de modernización y urbanización.

La tensión entre liberalización y democratización fue una polarización dinamizante de la política del siglo XX. La Argentina del ‘80, que mostró signos de riqueza económica y éxito en la articulación de un régimen liberal excluyente y estable, se vio enfrentada a su propia resistencia a la ampliación política en un sentido democratizador que quebró radicalmente el mito de nación consolidada por la inestabilidad crónica post1930, impidiendo la conformación posterior de consensos democráticos estables. Sólo en el período histórico más reciente, se consigue calmar el temor de las clases dominantes a la irrupción de la participación de las masas (estereotipado por mucho tiempo a través del mito peronista), y se logra combinar los principios pluralistas liberales con un régimen democrático representativo.

En forma paralela, la incorporación del “ethos” liberal en la política brasileña no superó su sesgo conservador. Imbuido por la ideología monárquica de la elite política y por la conformación de un estado centralista excluyente, favoreció las “actitudes de rechazo ante la participación popular” y el bloqueo a la expansión democrática. De esta manera, se produjo una tendencia persistente a reproducir a largo plazo la identidad de un liberalismo conservador que se adaptó por medio de cambios graduales a las diversas “olas” autoritarias y liberalizantes, marcando un ritmo extremadamente lento de participación y movilización ciudadana.

En otra dirección evoluciona el caso de Uruguay, donde las ideas liberales elitistas se habían difundido pero sin prosperar en una afirmación institucional ni social hasta fines del siglo XIX: va a fructificar tardíamente un proyecto de transformismo del “ethos” liberal hacia una progresiva democratización “radical” (Real de Azúa, 1984: 94) durante la primera mitad del siglo XX, que fundirá los antiguos principios liberales del consenso pluralista y las reglas de la representación electoral para la resolución de conflictos políticos con una efectiva democratización de las instituciones políticas a través de la participación ciudadana ampliada.

En el extremo opuesto a los tres casos anteriores, el desarrollo de la política paraguaya del siglo XX estuvo pautado por la continuidad de la tradición autoritaria personalista y la tensión, con la débil implantación de las instituciones y partidos liberales (Tavares y Rojo, 1998: 355).

En la misma dirección se debe agregar otro factor relevante para comprender las “diferencias” de desarrollo político, esto es, el momento de creación, el *grado de institucionalización y autonomía del sistema de partidos* respecto al Estado.

El sistema partidario uruguayo se destaca por ser el más antiguo e institucionalizado. Sus orígenes se remontan a la formación de la identidad nacional en las primeras décadas del siglo XIX, previo al proceso de consolidación del Estado.

Por su parte, en la Argentina la constitución de un sistema de partidos tuvo que enfrentar la disociación entre la consolidación de las estructuras políticas del Estado nacional y la resistencia a la institucionalización de canales partidarios para la ampliación democratizante de la participación política. Como consecuencia, la construcción del sistema partidario post ‘45 se realizó en un formato de sistema de doble partido, con intención dominante en el ámbito nacional pero con un carácter inconcluso e inestable (Grossi y Gritti, 1989) en sus pautas de funcionamiento. De esta forma se combinaba un formato con partidos fuertes pero en un sistema partidario débil.

El sistema partidario nacional brasileño se caracterizó por su debilidad institucional de largo plazo⁸, subordinado a las dinámicas de las estructuras burocráticas centrales del Estado nacional que restringieron los márgenes de competencia y las reglas de funcionamiento interpartidario, retrasando los canales de ampliación de la participación política ciudadana.

Por último, el caso paraguayo muestra un sistema partidario escasamente diferenciado de la estructura estatal, y dominado por un partido político. La implantación de un sistema de partido único desde 1948 (Graña, 1998: 2) con una tenue competencia pluripartidaria a partir de 1959, año en que se incorporan los partidos Liberal y Revolucionario Febrerista, lo ha transformado lentamente en un sistema de partido hegemónico.

Las dinámicas antes reseñadas, de avances y retrocesos de la arena política competitiva, se asocian asimismo a las diferencias en las *pautas de participación y movilización política* de los cuatro sistemas. Por un lado, el sentido democratizador de la influencia liberal se expresó en una temprana extensión del sufragio universal secreto para los casos de Argentina y Uruguay (1912 y 1918), mientras que un liberalismo más atenuado por el sesgo conservador llevó a una aceptación e implementación tardía para Brasil (1932) y Paraguay (1967).

La extensión de los derechos electorales no fue simplemente retórica institucional, sino que se tradujo asimismo en pautas de comportamiento electoral diferenciales (Nohlen, 1994). Así, se puede observar que entre 1920 y 1930 la participación política en Argentina, Paraguay y Uruguay involucraba al 8,5% de la población de los dos primeros y al 13,8% de la población uruguaya respectivamente, mientras que para Brasil no superaba el 3,5% de su población. Desde 1950 hasta inicios de los '60, los promedios para Argentina (a pesar de las restricciones impuestas a la competencia electoral) y Uruguay aumentarán a 43% y 38,3% respectivamente, mientras que en el mismo período en Brasil la participación electoral sólo alcanza a 18,2% y en Paraguay apenas al 15,8% de la población.

Recién a fines de la década de 1980 los tres países lograrán un nivel similar de participación electoral: 50% y más de la población (acompañado de garantías de sufragio totalmente libre, sin restricciones en el padrón y con una participación efectiva superior al 70% de los inscriptos). Por el contrario, Paraguay continuará con un bajo nivel de participación electoral (30,4% en el mismo período) y con una tardía incorporación de garantías electorales básicas en la década del '90 (Flecha, 1991: 64).

Estos procesos de aceptación progresiva de la competencia electoral y de la extensión efectiva de la participación ciudadana como mecanismo legítimo para la resolución de debates y disputas de poder dependió no sólo de formatos institucionales, sino especialmente de consensos entre los actores principales en la construcción de las democracias.

Procesos políticos recientes: transiciones y consolidaciones democráticas

La denominada “tercera ola” de democratización en las últimas dos décadas del siglo ha pautado los procesos políticos de los países de América Latina. De los diversos modos de democratización, vamos a detenernos en dos subclases: los

procesos de *transición política de regímenes autoritarios a gobiernos democráticos*, y los procesos de *consolidación emergente o “estabilización” del funcionamiento de las instituciones del régimen democrático liberal*⁹.

Las transiciones políticas hacia gobiernos democráticos culminan en la “desmilitarización del gobierno” (Rouquié, 1984: 417) y la instauración de un nuevo gobierno civil.

Los procesos de “consolidación política emergente” suponen que las instituciones políticas democráticas progresivamente logran superar los “enclaves o herencias institucionales autoritarias” (Garretón, 1995: 34), y la neutralización del riesgo de regresión autoritaria, que quiebre el proceso de democratización política.

La herencia del punto de partida de los regímenes autoritarios de los cuatro países fue diferente. Por una parte los autoritarismos de Brasil y Paraguay capitalizaron los “éxitos” de la modernización económica de los años ‘70, y además tuvieron una resistencia de actores sociales subalternos menor, por lo que ejercieron una represión directa de la población menos extendida sobre el cuerpo social. Por otra parte, los regímenes autoritarios de Argentina y Uruguay recibieron y acentuaron un largo proceso de recesión y crisis económica que no pudieron revertir, a lo que se sumó una fuerte represión de las organizaciones de sectores sociales subalternos y el disciplinamiento generalizado de toda la población (O’Donnell, 1988: 49).

Otro elemento de diferenciación fue la capacidad de iniciativa y grado de control de los militares sobre el proceso de transición, que en Brasil y Paraguay fue muy alta, mientras que tuvo márgenes de acción mucho más acotados en los casos de Uruguay y Argentina. En Brasil la transición fue de tipo “anticipatoria”, controlada cupularmente, y la democratización fue extremadamente gradual, por la vía del mantenimiento de componentes liberales como el Parlamento y la tolerancia de la actividad partidaria orientada hacia elecciones semi-competitivas.

La transición paraguaya también tuvo como punto de inicio una “apertura desde arriba”, abriendo la posibilidad de un “repliegue ordenado” de las FF.AA. como manera de recuperar prestigio en tanto factor de poder, y de superar el aislacionismo internacional en un contexto de recesión económica. La transición se planteó también como un proceso de continuidad “colorada” en el gobierno, en tanto mantenimiento del “modelo del partido-Estado” (Borda y Gray, 1995: 7 y ss.).

En el otro eje binario, el tipo de transición uruguayo estuvo caracterizado por la gradual sucesión de negociaciones, pactos y disensos canalizados por la legitimación vía electoral (Gillespie et al, 1984-85). Por último, en Argentina la transición a la democracia estuvo marcada por estrategias contradictorias entre una transición política acordada y una confrontación entre militares y civiles (Nun y Portantiero, 1987), que se acelerará por la debacle bélica del ejército.

Con respecto a los resultados de las transiciones de regímenes de gobierno democráticos de los años '80, se puede afirmar que los casos de Argentina, Brasil y Uruguay contribuyeron al pasaje a procesos de consolidación política democrática emergente en la década del '90.

En contraste con los tres anteriores, el proceso de transición a la democracia en Paraguay es aún incipiente, manteniendo latente el “peligro” de regresión autoritaria.

Modernización y desarrollo social de los países del Mercosur

Las estructuras sociales de los cuatro países se conformaron de acuerdo a dos patrones de modernización social.

La *región rioplatense* –Argentina y Uruguay– ha sido señalada en la literatura dentro de un grupo de sociedades de “colonización reciente” constituidas durante el siglo XIX, por sus condiciones iniciales favorables de desarrollo que la diferenciaba del resto de los países subdesarrollados, y la distinguía por tener una formación social “*prematuramente moderna*” en el contexto latinoamericano¹⁰. La combinación de factores favorables que caracterizaron la conformación de estas sociedades derivó de ventajas comparativas naturales para la exportación de productos primarios requeridos en la división internacional del trabajo, unidas a un importante proceso de “acumulación interna de capital” basado en dos pivotes: por una parte, la existencia de una “clase dominante autóctona” capaz de apropiarse de una cuota relevante de dichos beneficios económicos y de reinvertirlos productivamente en la economía local; y por otra, debido a la distribución de una parcela significativa de la riqueza de manera más “equitativa” hacia amplios sectores de trabajadores, clases populares y medias urbanas, por medio de niveles de ingreso económico y pautas de consumo mejores que los existentes en sociedades similares de la época, así como por la extensión de sistemas de “bienestar social”.

En contraste con lo anterior, *Brasil y Paraguay* se caracterizaron por un *ritmo notoriamente más lento de modernización social con pautas de estratificación social mucho menos igualitarias*.

La construcción de la sociedad brasileña estuvo marcada por la presencia de un Estado fuerte de bases patrimoniales, sostenido en la tardía abolición de las relaciones económicas esclavistas (1880)¹¹ y por la conformación heterogénea y asimétrica de poderes políticos y económicos regionales dentro del país. A ello debemos sumarle el lento ritmo de los procesos de urbanización y de industrialización, que pautó un modelo de desarrollo sustentado en la reproducción de una sociedad con patrones excluyentes de desigualdad social interna y con relaciones sociales jerárquicas señoriales, clientelísticas parroquiales, y de patronazgo.

Por último, Paraguay se ha caracterizado por un lento proceso de modernización, un tardío proceso de urbanización (en la década del '50 tan sólo el 20% de la población estaba en áreas urbanas, y recién en 1992 esa proporción apenas supera el 50% de toda la población), y por la fuerte presencia de la economía agrícola pequeña y mediana, con un gran peso cuantitativo de los campesinos, así como una amplia gama de formas de organización familiar de la mano de obra.

La *composición étnica* de la sociedad también es una variable comparativa relevante para interpretar la heterogeneidad de las estructuras sociales de los países. En este sentido, es notorio el paralelismo de Uruguay y Argentina, en tanto “pueblos transplantados” (Ribeiro, 1975: 44) con fuerte presencia de inmigración blanca de Europa occidental. Uruguay representa una población excepcionalmente homogénea en cuanto a su integración racial, sin contingentes poblacionales indígenas sobrevivientes; con una presencia testimonial de origen negro, fue conformada mayoritariamente como resultado del asentamiento de la inmigración europea, fundamentalmente de origen italiano y español. Argentina comparte también la característica de poseer una “hegemonía blanca” en su población, aunque mitigada, al igual que en el resto de los países latinoamericanos, mediante la absorción multirracial a través del mestizaje¹².

Por otro lado, la sociedad brasileña se identifica como un país continental con el mayor crisol multirracial en el contexto latinoamericano (Skidmore, 1994: 172), un “pueblo nuevo” al decir de Darcy Ribeiro (1975: 27), producto del mestizaje biológico y cultural de diversas etnias africanas, europeas e indígenas. No obstante la extensión del mestizaje en la población, la exclusión social se manifiesta también en este plano, con signos sistemáticos de discriminación racial especialmente en las cúpulas de decisión más jerárquicas.

Paraguay también ha sido clasificado en tanto “pueblo nuevo”, por la fuerte presencia de cultura y lengua indígena (Ribeiro, 1975: 27) con el núcleo más numeroso de la etnia guaraní –87% de la población habla guaraní, y la mitad es bilingüe (Rivarola, 1995).

En cuanto a la *estructura de clases sociales*, ha sido un lugar común en la literatura destacar la situación más equitativa en términos comparativos de Argentina y Uruguay como resultado de la presencia extendida de sectores de clases medias y pequeña burguesía (entre 40% y 30% del conjunto de la población promedio¹³) y la participación mayoritaria de sectores asalariados en condiciones de empleo formal –fundamentalmente en el ámbito urbano–, unidas a la expansión de sistemas de redistribución de la riqueza y de bienestar social, y a una etapa de transición demográfica avanzada, que favorecieron la magnitud cuantitativa de sectores pasivos.

En cambio, la modalidad de organización de las clases sociales en Brasil y Paraguay se asemeja a las estructuras típicas del resto de los países de América

Latina, con sistemas de clases débilmente estructurados y segmentados (Touraine, 1987: 86). De esta forma se destacan los altos niveles de desigualdad y pobreza social, el poco peso de los sectores medios en la estructura social, en contraste con una fuerte presencia cuantitativa de grupos y categorías sociales ocupadas en el sector económico informal, y una desigual cobertura de los derechos sociales de bienestar¹⁴.

La evolución reciente de las desigualdades “dinámicas” dentro del Mercosur

Además de la conformación histórica estructural de las sociedades en el proceso de modernización, disponemos de algunos indicadores macro para observar la evolución del desarrollo social en las últimas décadas, a fin de poder comparar avances o retrocesos en el proceso de integración regional. A dicho efecto elegimos dos clases de indicadores: por una parte el denominado Índice de Desarrollo Humano, y por otro la evolución de las líneas de pobreza. En ambos casos, varios estudios han señalado los límites metodológicos de medición¹⁵. A pesar de sus insuficiencias, en el marco de este trabajo nos interesa rescatarlos como indicadores que miden “mínimos” o “puntos extremos” de desarrollo de la estructura social, así como por su posibilidad de comparación entre e intra-países, y para observar además tendencias empíricas en las últimas décadas.

La evolución del Índice de Desarrollo Humano (IDH) con sus metodologías de cálculo propuestas por el PNUD para los países del Mercosur se presenta en el Cuadro 1. A pesar de las diferencias de metodologías, las tendencias de largo plazo para los países son concordantes. Así, es interesante analizar las diferencias observadas en el índice entre el punto de inicio y final de cada país en las últimas tres décadas. Consistentemente con las diferencias en el legado histórico de modernización, encontramos que tanto Argentina como Uruguay registran en el IDH valores medios (cercanos a niveles altos) ya en las décadas del '60 y '70, y bastante por encima de la media de América Latina, que los colocan en los primeros puestos del ranking (ver Cuadro 2).

En contraste, Brasil y Paraguay se situaban en valores de bajos a medios, similares al promedio de América Latina para las década del '60 y '70. En el ranking de países de América Latina, se situaban de la mitad hacia abajo respecto al total. Es interesante notar que el proceso de industrialización y crecimiento económico que se produce en ambos países entre las décadas del '70 y el '80 impacta favorablemente en la transición demográfica y la expansión de la cobertura educativa, que se expresa en mejoras notorias en el IDH.

En el Cuadro 2 se pueden analizar también los avances de cada país en relación a sí mismo (reducción del déficit 1975-97). Aquí se observa que los ritmos en los avances han sido diferenciales: por una parte Argentina y Paraguay progresaron al mismo ritmo que el promedio de América Latina, mientras que Brasil y

Uruguay (a pesar de las diferencias en el punto de partida) mejoraron bastante por encima de la media latinoamericana.

Con respecto a los puntos de llegada, en la década del '90 podemos observar la disminución de las distancias entre los países en el IDH, tendencia a la “convergencia” de los valores que se aprecia en general en el índice como resultado del impacto de las mejoras iniciales en alfabetización y longevidad. A pesar de ello, las diferencias entre los “dos pares” continúan presentes: Argentina y Uruguay se sitúan holgadamente en valores altos liderando los primeros puestos en América Latina, mientras que Brasil y Paraguay se sitúan en valores medios (ya muy cercanos a altos) apenas por encima del promedio latinoamericano.

Las diferencias de grado de desarrollo humano entre los cuatro países son aún más marcadas cuando se considera las posiciones a nivel mundial de los cuatro países: mientras que Argentina y Uruguay están juntos en los lugares 39 y 40 sobre un total de 170 países, Brasil y Paraguay se sitúan en torno a la mitad del ranking mundial.

Cuadro 1

Indice de Desarrollo Humano (IDH) dentro del Mercosur

Países	IDH 1960-95 método de 1990				IDH 1975-97 método Anand y Sen			
	1960	1970	1980	1995	1975	1985	1997	Reducción déficit 1975-97
Argentina	0,667	0,748	0,790	0,888	0,776	0,798	0,827	22,4
Brasil	0,394	0,507	0,673	0,809	0,639	0,687	0,739	27,7
Paraguay	0,474	0,511	0,602	0,707	0,655	0,695	0,730	21,8
Uruguay	0,737	0,762	0,830	0,885	0,759	0,783	0,826	28,0
A. Latina	0,449	0,536	0,616	0,736	0,647	0,694	0,724	21,8

Fuentes: 1960-75 Informe sobre el Desarrollo Humano 1998; 1975-97 Informe sobre el Desarrollo Humano 1999, Oficina del Informe de Desarrollo Humano, IIG-IDEA1999.

Cuadro 2

Ranking de los países del Mercosur según el IDH

Ranking	A. Latina IDH método 1990				A. Latina IDH Anand y Sen				Mundial
	1960 (*)	Nivel IDH	1995 (*)	Nivel IDH	1975 (**)	Nivel IDH	1997 (*)	Nivel IDH	1997
Argentina	2	Medio	3	Alto	1	Medio	2	Alto	39
Brasil	13	Bajo	9	Alto	8	Medio	10	Medio	79
Paraguay	9	Bajo	14	Medio	5	Medio	13	Medio	84
Uruguay	1	Medio	4	Alto	2	Medio	3	Alto	40

Fuente: 1960-75 Informe sobre el Desarrollo Humano 1998; 1975-97 Informe sobre el Desarrollo Humano 1999. (*) 20 países de América Latina. (**) 12 países. Para la definición de niveles se utiliza los criterios de PNUD, Valores Bajos menos de 0,5; Medios entre 0,5 – 0,79; y Altos superiores a 0,8.

Pasando a otra dimensión del desarrollo social, vamos a considerar los avances o retrocesos en términos de *Equidad* de los países en cuestión.

Los impactos sociales de la larga fase de programas de “reforma” económica neoliberal se observaron en términos de cambios significativos de los patrones de equidad y desigualdad social. En términos comparativos continúan las distancias dicotómicas “relativas” entre dos “modelos de equidad”, aquellos tendientes a patrones igualitaristas en las oportunidades de distribución del ingreso y acceso a las oportunidades de bienestar social (Argentina y Uruguay), versus los sistemas de estratificación basados en patrones marcadamente no equitativos en la reproducción de las desigualdades sociales (Brasil y Paraguay). Dos indicadores son habitualmente usados a nivel macro para medir los impactos de las políticas sociales, la evolución de la magnitud de la pobreza, y las tendencias a la distribución del ingreso al interior de las diversas categorías de estratificación social.

Con respecto a la evolución de los niveles de la pobreza urbana, se mantiene la distancia absoluta entre los dos tipos de patrones de desarrollo social. Por una parte, un tipo más igualitario para los casos de Argentina y Uruguay (en 1980 contaban con el 7% y 9% respectivamente para cada país del total de hogares de la población urbana que se encontraban bajo la línea de pobreza, cifras que se incrementan en 1990 a 16% y 12% y descienden levemente hacia 1997 a 13% y 6% respectivamente), y por otro, contrastando con los niveles de desigualdad notoriamente más altos de Brasil y Paraguay, que además se acercan al promedio de América Latina. Para el año 1979 Brasil tenía el 30% del total de hogares bajo la línea de pobreza y Paraguay el 46% en 1986, mientras que el promedio para América Latina era de 25% de pobreza urbana en 1980, magnitudes de la población en condición de pobreza que se van incrementando hacia 1990 a 37% de los hogares urbanos de Brasil con idéntico guarismo en Paraguay, en comparación con el 36%

de hogares bajo la línea de pobreza promedio en América Latina en 1990; finalmente en 1997 los guarismos descienden levemente a 25% de hogares pobres urbanos en Brasil y 34% de pobreza urbana en Paraguay (CEPAL, 1998: 207-208).

Nótese que si las distancias absolutas entre los países rioplatenses y Brasil/Paraguay continúan la reproducción de dos patrones de desarrollo social diferenciados en América Latina, el efecto de la denominada “década perdida” y la implantación de las reformas económicas “estructurales” dejaron consecuencias sociales perjudiciales en el corto y el mediano plazo. El caso uruguayo escapa un poco a la tendencia, en parte debido a que tuvo un proceso de reestructuración económica más atenuada, negociada, con resistencias sociales y políticas a la implementación de los ajustes estructurales, lo que se expresó en un mantenimiento de bajos niveles de pobreza heredados de los períodos anteriores.

En cuanto a la distribución de los ingresos, los impactos sociales registran zonas de “vulnerabilidad social” mucho más acentuadas, que refuerzan las tendencias anteriores. Así pues, en Argentina y Uruguay, para los años 1980 y 1981 respectivamente, el 40% de los grupos sociales más pobres en el ámbito urbano recibía el 18% y el 17,7% del ingreso total de cada uno de los países, mientras que el estrato social compuesto por el 10% superior recibía el 29,8% y el 31,2% del ingreso global. En 1990 el 40% más pobre en Argentina y Uruguay captaba el 14,9% y 20,1% del ingreso respectivamente, mientras que en el otro extremo el 10% más rico se quedaba con el 34,1% y el 31% en cada país.

A fines de los ‘90 el saldo distributivo de Argentina y Uruguay muestra que el 40% de los sectores sociales más pobres recibió el 14,9% y el 22% respectivamente del ingreso total para el año 1997, mientras que el 10% perteneciente a las clases más privilegiadas se quedaba con el 35,8% y el 25,8% del ingreso global correspondiente a ese año (CEPAL, 1998: 64).

La distancia social y los patrones de distribución de la riqueza son mucho más acentuados para los casos brasileño y paraguayo. La distribución más extrema es la de Brasil: para el año 1979, el 40% de los conglomerados sociales urbanos más pobres recibía el 11,7% del ingreso total, mientras que el 10% de los hogares pertenecientes a las categorías sociales más altas se quedaba con el 39,1%. Por otro lado, en Paraguay el 40% más pobre de la población captaba el 16,3% del ingreso, mientras que el 10% más rico accedía al 31,8% de la renta nacional.

En el año 1990, el 40% más pobre en Brasil y Paraguay recibía el 10,3% y el 18,6% del ingreso total de ese año, mientras que el sector del 10% más rico se apropiaba del 41,8% y 28,9% respectivamente de la renta.

Finalmente, hacia el año 1996, el 40% de los hogares urbanos más pobres de Brasil y Paraguay participaba del 10,5% y 16,7% respectivamente del ingreso producido, mientras que el 10% superior alcanzaba a capturar el 44,3% y 33,4% de la riqueza de ese año (CEPAL, 1998: 64)¹⁶. A las cifras globales oficiales de-

bemos sumar un ingrediente explicativo extra, que está dado por la acentuación o atenuación del fenómeno de la pobreza en función de la diversidad regional y heterogeneidad interna en la distribución espacial (urbano/rural).

Las políticas de ajuste económico neoliberal también registraron impactos negativos en la distribución global del ingreso cuanto más graves fueron los ciclos de crisis y en mayor profundidad se implementaron dichas políticas, así como de acuerdo al tamaño del país y el entramado sociopolítico. De esta forma se registraron tendencias diacrónicas más concentradoras de ingreso hacia los sectores más privilegiados en los casos de los países “grandes”, Argentina y Brasil, mientras que los países “pequeños” han “amortiguado” más los costos y efectos sociales negativos, manteniendo sus pautas de desigualdad de ingreso.

Cuadro 3

Línea de pobreza y la distribución del ingreso dentro del Mercosur

Años	Línea de pobreza (% población)			Distribución del ingreso (% de ingreso de estratos)					
	1979-80	1990	1997	1980-81		1990		1996-97	
Países	pobreza urbana	pobreza urbana	pobreza urbana	40% + pobre	10% + rico	40% + pobre	10% + rico	40% + pobre	10% + rico
Argentina	7	16	13	18	29,8	14,9	34,1	14,9	35,8
Brasil	30	37	25	11,7	39,1	10,3	41,8	10,5	44,3
Paraguay	46(*)	37	34	16,3	31,8	18,6	28,9	16,7	33,4
Uruguay	9	12	6	17,7	31,2	20,1	31,0	22,0	25,8

Fuente: CEPAL1998, 1999, PNUD 1999. (*) Se toma el año 1986 como referencia.

Desarrollo económico e integración regional

El modo de desarrollo económico predominante en América Latina en la década de 1950 se basó en una combinación de varios factores económicos bastante conocidos:

- a. ventajas comparativas naturales en la exportación de recursos primarios agropecuarios o mineros;
- b. la captación de divisas internacionales y la formación interna de capitales;
- c. estímulos al crecimiento económico provenientes del fortalecimiento del sector exportador;
- d. la promoción de un proceso de industrialización por sustitución de importaciones que comprendía industrias livianas orientadas a un mercado de consumo interno protegido de la competencia externa;

- e. la expansión y diversificación del consumo privado;
- f. el crecimiento sostenido del gasto público.

Esos elementos comunes tuvieron sin embargo distintos puntos de arranque, combinaciones específicas y ritmos diferenciales en cada trayectoria nacional.

Las economías de base agropecuaria exportadora de Argentina y Uruguay se integraron a la dinámica capitalista internacional con relativo éxito dentro del modelo dependiente de “desarrollo hacia afuera” desde el último cuarto del siglo XIX hasta la primera mitad del siglo XX. Sustentadas además en un rápido proceso de urbanización y una incipiente industrialización por sustitución de importaciones para un mercado interno de consumo junto a la recepción de un contingente de inmigración europea, dieron lugar a la formación de una importante fuerza de trabajo asalariada urbana en términos cuantitativos y a la aparición de amplios sectores de clases medias.

Por otra parte, Brasil se estructuró en base a una economía agraria tradicional articulada en forma dependiente en la economía mundial. El desarrollo capitalista nacional se producirá de manera más lenta y asimétrica, con un proceso de industrialización reciente en las décadas del '70 y el '80.

Paraguay también tuvo un desarrollo capitalista lento, asentado en una economía rural agrícola y un desarrollo capitalista dependiente hacia fuera, con limitantes y condicionantes externas derivadas de su carácter mediterráneo. En la década del '70 se produce un impulso a la modernización y el crecimiento económico proveniente de las inversiones públicas en obras hidroeléctricas durante la misma.

A pesar de las ventajas comparativas iniciales de la región rioplatense desde fines del siglo XIX y primeras tres décadas del siglo XX, las trayectorias de desarrollo económico posteriores van a acercar los caminos de la región debido a los avances sucesivos de la economía brasileña y los retrocesos relativos de las economías platenses, fundamentalmente como resultado de los procesos de crisis estructural y la represión autoritaria de las décadas de 1960 y 1970. En 1950 el PBI agrupado de Argentina, Chile y Uruguay representaba el 32% del conjunto de América Latina, porcentaje que se reduce drásticamente a un 16% en 1983, mientras que la economía brasileña triplicó durante el mismo período su participación en el PBI de toda la región (Fajnzylber, 1985).

Dicho en otros términos, hacia 1950 las tres primeras economías juntas duplicaban el peso de la economía brasileña, mientras que tres décadas después apenas llegan a la mitad del ingreso producido por Brasil. Este impulso sustantivo debe entenderse no meramente en función del retroceso y la crisis de las economías de la Cuenca del Plata, sino también por la transformación estructural producida en la economía brasileña: de un país sustentado en una economía agrícola-

la-rural entrada la década del '50, a una economía industrializada y de servicios y una población urbanizada en los años '80¹⁷.

En la década del '80 los países latinoamericanos entraron en una profunda crisis económica. La coyuntura de reestructuración económica internacional se expresó en la denominada “doble crisis” (Cavarozzi, 1991: 137) que atravesó a América Latina a partir de 1981-82. Este doble proceso de crisis económica se tradujo en la crisis fiscal del Estado y en la aparición de déficits crónicos en la balanza de pagos que marcarán la denominada “década perdida”.

En parte como respuesta a la fragilidad estructural interna y la vulnerabilidad económico-financiera externa, y en parte como resultado de la fragilidad de las economías latinoamericanas, se implantaron paquetes de estabilización monetaria neoliberal que se transformaron en procesos de “ajustes caóticos” (Cavarozzi, 1991: 147), los cuales profundizaron los efectos sociales negativos –incremento de la pobreza y marginalidad social– y tuvieron magros resultados en el control de la inestabilidad de las variables macroeconómicas. Las respuestas dadas y la amortiguación de los efectos negativos del cambio en la inserción regional de los países variaron según su legado previo (características de la estructura social, política y económica) y por las oportunidades de negociación derivadas del “tamaño” de cada uno (De Sierra, 1994: 34).

El fin de la “década perdida” dará lugar progresivamente a las reformas económicas “estructurales” de “segunda generación” neoliberal en los noventa. Más ambiciosas en cuanto a sus objetivos en relación a las precedentes, éstas aceleraron la ampliación de la apertura externa y la liberalización comercial, el estímulo a la competitividad externa y la desregulación de las fuerzas del “mercado”, al tiempo que proponían el retiro de la intervención e influencia del Estado en tanto agente económico, traducido en la privatización de las empresas públicas y la reducción del gasto público y del aparato administrativo. El logro de la “estabilización económica” y la reforma “estructural” de los regímenes democráticos liberales en los años '90 va a estar pautado por un moderado crecimiento y reactivación económica, en un contexto latinoamericano un poco más optimista, marcado por el lento “regreso” de capitales extranjeros a la región latinoamericana y la reestructuración de los bloques económicos internacionales post-guerra fría.

Los programas de reformas económicas de los años '90 orientados a la desregulación y apertura externa implicaron también un giro en la búsqueda de nuevas formas de inserción internacional para responder a la vulnerabilidad externa de la década anterior. En ese sentido, las iniciativas de integración regional y formación de bloques económicos jugaron un rol muy importante, en particular en la reorientación de acuerdos preferenciales de la ALADI y de los acuerdos comerciales bilaterales ensayados anteriormente. El Mercosur fue una de las respuestas de convergencia entre varios países de América del Sur para la creación de un nuevo espacio de integración regional.

En la etapa actual de unión aduanera incompleta, el Mercosur en tanto zona de libre comercio puede considerarse globalmente como un bloque económico comercial “relativamente pequeño” medido en términos de participación en el comercio mundial –entre el 3 y 4% del PBI mundial (Terra, 1999: 196). Sin embargo, sus efectos positivos sobre las economías miembros en el corto y mediano plazo son notorios. Algunos indicadores del proceso son bastantes elocuentes (ver Cuadro 4): el comercio global de la región se duplicó entre 1990 y 1996, en parte por el aumento de la intensidad del comercio interno de los países socios (30,6%), que ya existía como tendencia previa al Mercosur, lo cual tuvo efectos positivos en la participación del Mercosur en el comercio mundial, que se incrementó en un 37% con respecto a 1990. Las perspectivas abiertas por la conformación de la apertura comercial regional, unidas al dinamismo interno de las economías del Mercosur en el período, llevaron a que el crecimiento económico global fuera más alto que en el resto del mundo.

Cuadro 4

Tendencia a la regionalización del comercio del Mercosur

	1990	1995	1996
<i>Comercio total del Mercosur</i> (en millones de US\$)	75.688	150.390	161.937
<i>Participación del Mercosur en:</i>			
Exportaciones (%)	8,9	20,5	22,7
Importaciones (%)	14,5	18,1	20,2
Comercio total del Mercosur (%)	11,0	19,2	21,4
<i>Ind. de Intensidad de Comercio</i>			
Intra-Mercosur	9,8	12,2	12,8
Extra-Mercosur	0,9	0,8	0,8
<i>Participación del Mercosur en PBI mundial (%)</i>	2,7	3,5	3,7

Fuente: Tomado de Terra (1999: 197), elaborado en base a CEPAL, COMTRADE y Banco Mundial

Las perspectivas económicas abiertas por el Mercosur hasta ahora han sido favorables, en tanto han potenciado los acuerdos comerciales regionales preferenciales preexistentes, han avanzado en el proceso de liberalización del comercio intrarregional, y han sido acompañadas de crecimiento económico y una mayor participación en el comercio mundial.

Uno de los aspectos en el que se observaron avances ha sido el aumento del comercio dentro de la región, dinamismo que ha mejorado el desempeño comercial también con respecto al resto del mundo. El incremento del comercio intra-

regional en el período reciente se debió en buena medida a la utilización de las ventajas comparativas de los países miembros (Terra, 1999: 232), a pesar de lo cual las asimetrías entre los miembros hacen que el posicionamiento de los “grandes” y “chicos” sea diferente, además de las competencias internas provenientes de la similitud de patrones de especialización en la comercialización externa de las economías de la región.

Repensando la relación entre integración y desarrollo desigual

El tema de las “desigualdades” internas entre los países ha sido un factor relevante a la hora de entender el ritmo y la forma de integración regional del Mercosur. A pesar de ello la temática ha recibido escasa atención, y cuando aparece se la vincula principalmente a las asimetrías en el peso económico de los países miembros.

A lo largo del presente trabajo hemos intentado abordar el problema en una perspectiva más compleja, mostrando por una parte que en buena medida las diferencias “recientes” se pueden comprender a partir de la reconstrucción del “legado histórico” del desarrollo nacional de cada sociedad, y por otra parte que el desarrollo de cada país es desigual según se analice la combinación de tres dimensiones distintas: economía, sociedad y política.

Asimismo, es importante resaltar que hemos abordado la temática de las desigualdades entre sociedades “nacionales”, lo cual no invalida ni impide la incorporación de otros análisis que involucren las asimetrías relevantes en otros niveles o ámbitos sub-nacionales. En ese sentido, podemos mencionar desigualdades bastante notorias a modo de ejemplo, entre las regiones sub-nacionales más y menos desarrolladas, o las concentraciones urbanas, y los enclaves dinámicos (Costa Lima, 1999).

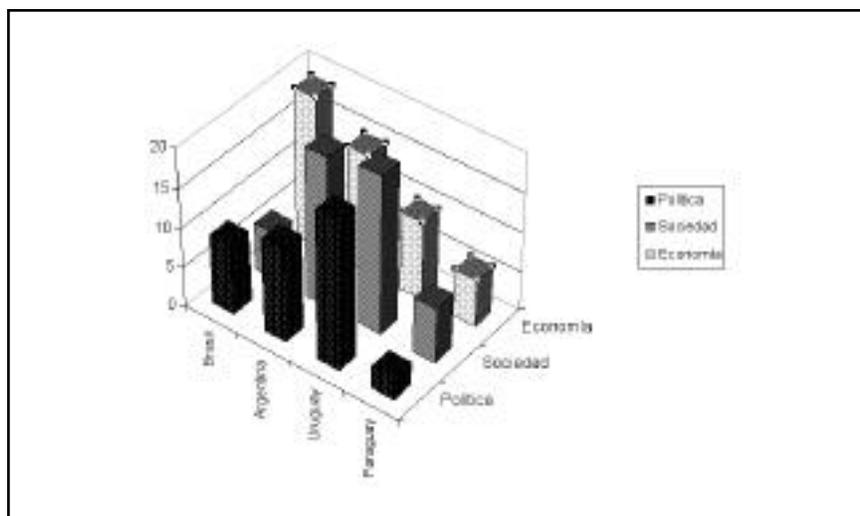
Sintetizando, podemos incorporar una perspectiva comparativa tridimensional del legado histórico del desarrollo de los países que incorpore la política, la sociedad y la economía para analizar la relación entre los diversos planos dentro de la integración en el ámbito del Mercosur (ver Cuadro 5). En ese sentido, puede destacarse el contraste de las desigualdades internas entre la dimensión económica y las dimensiones política y social del desarrollo de los países.

En la dimensión económica es notoria la posición predominante de Brasil, seguido de Argentina en los primeros puestos de los “grandes” del Mercosur, versus la situación de los pequeños socios Uruguay y Paraguay.

Sin embargo, esas posiciones hegemónicas se desplazan cuando se analiza el desarrollo social, en el cual se destacan Uruguay y Argentina como sociedades más igualitarias y pluralistas en contraste con patrones menos igualitarios de Brasil y Paraguay.

Cuadro 5

***Un esquema tridimensional del legado histórico del desarrollo de los países:
política, sociedad y economía***



Nota: los valores asignados a cada país no expresan distancias en cifras absolutas, sino más bien pretenden situarlos gráficamente en un ranking ordinal de mayor a menor a los diversos países.

De la misma forma, cuando se analizan los niveles de desarrollo político democrático de los países¹⁸ las asimetrías internas vuelven a desplazarse, apareciendo en una posición de mayor desarrollo Uruguay, seguido por Argentina y Brasil, con Paraguay en el punto más bajo.

Las trayectorias históricas desiguales en los desarrollos nacionales, con sus rasgos de larga duración, no permanecen sin embargo invariables. En ese sentido, es importante observar los cambios en lo que denominamos asimetrías “dinámicas” (décadas del ‘80 y ‘90), y algunas de las consecuencias sobre la evolución reciente del Mercosur.

Si bien no han alterado las distancias en las diferencias históricas entre los países, las dinámicas de las últimas décadas han experimentado avances y retrocesos diversos.

En el plano del desarrollo político se han observado avances importantes en el afianzamiento de las instituciones políticas democráticas cuando se analizan comparativamente con los períodos autoritarios previos. Por una parte, Argentina, Brasil y Uruguay han llevado a cabo procesos de consolidación política emergente en la dé-

cada del '90, y por otra parte Paraguay tiene un proceso de transición democrática aún incompleto. Para Argentina y Brasil ello significó el inicio de un ciclo democrático sin precedentes en su pasado político, mientras que para el caso uruguayo se trató de un proceso de recuperación de un legado de instituciones democráticas preexistente en la historia del siglo XX. En contraste, el caso paraguayo es una transición aún incierta, por no haber superado el peligro de regresión autoritaria.

En esta dimensión política, el proceso de integración regional contribuyó a la afirmación y conservación de los regímenes democráticos en tanto elemento constitutivo del tratado del Mercosur, estimulando las políticas de paz, reduciendo los conflictos fronterizos, promoviendo la reducción del peso político de las Fuerzas Armadas, y como garantía “supranacional” contra los golpes de estado. Sin embargo, el proceso político paraguayo, aún inconcluso, deja abierto un escenario de alta inestabilidad e incertidumbre.

La dimensión del desarrollo social del Mercosur es aún una “agenda pendiente”, que ha tenido cambios contradictorios. Por una parte se han mantenido las distancias entre los patrones opuestos en términos de distribución del ingreso y desarrollo humano entre sociedades menos igualitarias (Brasil y Paraguay) y más igualitarias (Argentina y Uruguay). Sin embargo, la evolución reciente de los impactos sociales de las reformas económicas de los '90 tuvo dos tipos de efectos sobre las desigualdades sociales “dinámicas”. Por un lado, en relación con el desarrollo humano, fueron Brasil y Uruguay los que más avanzaron con respecto a sí mismos y al resto de los países latinoamericanos, mientras que Argentina y Paraguay lo hicieron apenas al ritmo del progreso general de América Latina. Y por otro lado, se observaron efectos sociales negativos en términos de concentración del ingreso hacia los sectores más privilegiados e incremento de la pobreza en los países “grandes”, mientras que fueron más amortiguados en los casos de los socios “chicos” del Mercosur.

En el plano económico las desigualdades internas no han sido modificadas. Sin embargo, hasta ahora el Mercosur se mostró como un bloque relativamente exitoso para contrarrestar la vulnerabilidad externa y mejorar la inserción económica internacional de todos los miembros. La expansión del comercio intrarregional brindó mejores oportunidades para el crecimiento económico, aunque acentuó la relación de mayor dependencia de los países “chicos” y la fuerte influencia del socio más grande en el desempeño global, especialmente en los momentos de crisis, así como las estrategias competitivas entre las dos grandes economías. En ese sentido, las tensiones más fuertes en términos de integración comercial están entre las estrategias de consolidación interna del espacio del Mercosur, versus las estrategias de ampliación hacia el resto de América del Sur.

Al abordar la problemática del desarrollo “nacional” en esta perspectiva tridimensional, es posible preguntarse en qué medida las oportunidades de crecimiento económico potenciadas por la integración comercial contribuyen a resol-

ver los problemas de desarrollo político y social. Desde esta perspectiva, se puede afirmar que los desafíos del proceso de integración reciente en términos de desigualdades internas, así como en el pasado, suponen articular tres elementos que no siempre van asociados: el mercado, la democracia y la equidad social.

Si se acepta que las tres dimensiones son relevantes a la hora de promover el “Desarrollo Nacional” en el marco de la integración, entonces podrían proponerse prospectivamente dos escenarios “extremos” distintos en la vinculación entre Desarrollo Nacional e Integración Regional.

El primero es la prospectiva de una “Integración Desigual”, de un proceso de integración económica que, mejorando la inserción comercial externa y el crecimiento económico interno, no modifique las desigualdades preexistentes. En el pasado de América Latina podrían encontrarse varios antecedentes de cohabitación, acentuación e incluso multiplicación de las asimetrías internas.

El segundo escenario, más complejo, podría ser denominado de “Desarrollo Integrado”, o dicho de otro modo, de una vinculación más estrecha entre Desarrollo Nacional e Integración Regional. Este escenario requiere incorporar un perspectiva más global y multidimensional del desarrollo, así como resaltar el papel de las instituciones políticas y sociales además de las fuerzas del mercado. Esta hipótesis también supone una voluntad de compensación de las desigualdades existentes y de promoción de un desarrollo más integrado. En este sentido es posible pensar en la experiencia de la Unión Europea, que estableció mecanismos preparatorios de asistencia para la integración de los socios de manera de compensar diferencias en el desarrollo económico y político.

Obviamente, ambos escenarios sólo pretenden pensar las situaciones extremas para proyectar las alternativas diferenciales de acción que ambas suponen. De hecho, ante los procesos históricos concretos, serán los actores y las instituciones los que definirán los caminos y destinos finales de la integración regional en curso.

En resumen, los desafíos para la integración de las asimetrías internas del Mercosur implica lograr un cierto balance entre las posibilidades de complementación de los diversos patrones de desarrollo nacional y las necesidades de compensación o reducción de las brechas en las diferencias internas en sus múltiples dimensiones.

Bibliografía

- Badie, Bertrand y Guy Hermet 1993 *Política comparada* (México: FCE).
- Banco Mundial 1991 *Informe sobre el Desarrollo Mundial*.
- Barran, José y Benhamín Nahum 1986 *Battle, los estancieros y el Imperio británico* (Montevideo: Banda Oriental) Tomos 1 y 3.
- Borda Dionisio y Gray Clive 1995 *Análisis de la economía del Paraguay e implicaciones para la educación* (Asunción: Harvard Inst.-Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos) Proyecto de Apoyo a la Reforma Educativa del Paraguay.
- Botana, Natalio 1986 *El orden conservador* (Bs.As.: Hyspamérica).
- Caballero, E. y F. Masi 1989 *Partidos, gobierno y empresarios. Convergencias y divergencias* (Asunción: CIDSEP-Universidad Católica).
- Carvalho Murilo, José de 1996 *A construção da Ordem* (Rio de Janeiro: UFRJ-Relume Dumará).
- Cavarozzi, Marcelo 1991 “Más allá de las transiciones a la democracia en América Latina”, en *Revista Paraguaya de Sociología* (Asunción: Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos) Año 28, N° 80, Enero-Abril.
- CEPAL 1998 *Panorama social de América Latina, Informe 1997* (Santiago de Chile: CEPAL).
- CEPAL 1999 *Panorama social de América Latina, Informe 1998* (Santiago de Chile: CEPAL).
- Costa Lima, Marcos 1999 “A Dinâmica Espacial do MERCOSUL: Assimetrias em Regiões Brasileiras” (Porto Alegre). Ponencia en la *51ª Reunião Anual Sociedade Brasileira para o Progresso da Ciência* (11 a 16 de Julho).
- Dahl, Robert 1971 *Polyarchy: participation and opposition* (New Haven: Yale University Press).
- De Sierra, Gerónimo 1979 “Consolidación y crisis del ‘capitalismo democrático’ en el Uruguay”, en *América Latina: historia de medio siglo. I. América del Sur* (México: Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, Siglo XXI).
- De Sierra, Gerónimo (coord.) 1994 *Los pequeños países de América Latina en la hora neoliberal* (Caracas: Nueva Sociedad-UNAM, UNRISD, UNHCR).
- Dos Santos Wandelely, Guilherme 1978 *Cidadanía e Justiça* (Rio de Janeiro: Zahar).

- Dos Santos Wanderley, Guilherme (coord.) 1986 *Que Brasil é este* (Rio de Janeiro: IUPERJ).
- Errandonea, Alfredo 1989 *Las clases sociales en el Uruguay* (Montevideo: CLAEH-EBO).
- Fanjzylber, Fernando 1985 *Reflexión sobre los límites y potencialidades económicas de la democratización. Forum Cono Sur* (Santiago de Chile: ILDES).
- Faroppa, Luis A. 1995 “De la multilateralización a la regionalización”, en *Mercosur: Sinopsis Estadística* (Bs.As.: INDEC-IBGE-DGEEC-INE).
- Filgueiras, Carlos 1984 “El Estado y las clases: tendencias en Argentina, Brasil y Uruguay”, en *Pensamiento Iberoamericano* (Madrid) Diciembre.
- Filgueiras, Carlos 1997 “La formación de las ‘naciones nuevas’ y sus trayectorias divergentes: algunas pautas comparativas”, en *Cuadernos del CLAEH* (Montevideo) Año 22, N° 78-79.
- Flecha, Víctor Jacinto 1991 “Historia de una ausencia. Notas acerca de la participación electoral en el Paraguay”, en *Revista Paraguaya de Sociología* (Asunción: Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos) Año 28, N° 80, Enero-Abril.
- Garretón, Manuel Antonio 1995 *Hacia una nueva era política. Estudio sobre las democratizaciones* (Santiago de Chile: FCE).
- Gillespie et al (comps.) 1984-85 *Uruguay y la democracia* (Montevideo: Wilson Center, Banda Oriental) 3 Vols.
- Graña, François 1998 “El caso paraguayo en el contexto del Mercosur”, en de Sierra, Gerónimo (dir.) *Sociedad, Política y Estado en los pequeños países de América Latina* (Montevideo: Depto. de Sociología-Universidad de la República) Informe de Investigación.
- Grossi, María y Roberto Gritti 1989 “Los partidos frente a una democracia difícil: la evolución del sistema partidario en la Argentina”, en *Crítica y Utopía* (Bs. As.).
- Huntington, Samuel P. 1995 *La tercera ola. La democratización a finales del siglo XX* (Bs. As.: Paidós).
- López, Selva 1985 *Las fuerzas armadas en el Uruguay durante el S. XX* (Montevideo: Banda Oriental).
- Mainwaring, Scott y Timothy Scully 1994 “A institucionalização dos sistemas partidários na América Latina”, en *Revista de Ciências Sociais DADOS* (Rio de Janeiro) Vol. 37, N° 1.
-

- Morrone, Francisco C. 1996 "La disolución del grupo Afro-argentino", en *Des-Memoria. Revista de Historia* (Bs. As.) Año 2, N° 10.
- Nohlen, Dieter 1994 *Sistemas electorales y partidos políticos* (México: FCE).
- Nohlen, Dieter 1998 "Sistemas de gobierno: perspectivas conceptuales y comparativas", en Nohlen, Dieter y Mario Fernández (Eds.) *El presidencialismo renovado. Instituciones y cambio político en América Latina* (Caracas: Nueva Sociedad).
- Nun, José y Juan Carlos Portantiero 1987 *Ensayos sobre la transición democrática en Argentina* (Bs. As.: Punto Sur).
- O'Donnell, Guillermo 1988 "Transições, continuidades e alguns paradoxos", en O'Donnell, Guillermo y Fábio Reis Wanderley *A democracia no Brasil - dilemas e perspectivas* (San Pablo: Vértice).
- Oszlak, Oscar 1982 *La formación del Estado argentino* (Bs. As.: Editorial de Belgrano).
- Real de Azúa, Carlos 1983 *El patriciado uruguayo* (Montevideo: EBO).
- Real de Azúa, Carlos 1984 *¿Uruguay, una sociedad amortiguadora?* (Montevideo: Ciesu-EBO).
- Rial, Juan 1986 *Las fuerzas armadas: ¿soldados garantes de la democracia?* (Montevideo: EBO-CIESU).
- Ribeiro, Darcy 1975 *Configurações Histórico-Culturais dos Povos Americanos* (Rio de Janeiro: Editora Civilização Brasileira).
- Rivarola, Domingo 1995 *Los escenarios culturales y la política educativa* (Asunción: Harvard Inst.-Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos) Proyecto de Apoyo a la Reforma Educativa del Paraguay.
- Rouquié, Alain 1980 *Poder militar y sociedad política en la argentina* (Bs. As.: Emecé).
- Rouquié, Alain 1984 *El Estado Militar en América Latina* (Bs.As.: Emecé).
- Rouquié, Alain 1990 *Extremo Occidente. Introducción a América Latina* (Bs. As.: Emecé).
- Schvarzer, Jorge 1999 "El Mercosur. Un bloque exitoso en crisis y con un socio demasiado grande" (Porto Alegre). Ponencia en el *IX Congresso Brasileiro de Sociologia* (30 de Agosto al 3 de Setiembre).
- Serna, Miguel 1998 "Los usos del análisis comparado: de la etiqueta metodológica a las comparaciones sustantivas", en Mallo, Susana; Rafael Pater-

nain y Miguel Serna (orgs.) *El fin de siglo y la política en Argentina y Uruguay* (Montevideo: Alejandría).

Skidmore, Thomas 1994 “Fato e mito: descobrindo um problema racial no Brasil”, en *O Brasil visto de fora* (Rio de Janeiro: Paz e Terra).

Tavares Guisti, José A. y Raul Rojo (orgs.) 1998 *Instituições políticas comparadas dos países do Mercosul* (Rio de Janeiro: Fundación Getulio Vargas).

Terra, María Inés 1999 “Uruguay en el Mercosur: perspectivas del comercio intrarregional”, en *Revista de Economía* (Montevideo: BCU) Segunda Epoca, Vol. VI, N° 2, Noviembre.

Tilly, Charles 1996 *Coerção, capital e Estados europeos* (San Pablo: USP).

Torrado, Susana 1992 *Estructura social de la Argentina: 1945-1983* (Bs.As.: Ediciones de la Flor).

Touraine, Alain 1987 *Actores sociales y sistemas políticos en América Latina* (Santiago de Chile: PREALC).

Trindade, Hélió 1985 “Bases da democracia brasileira: lógica liberal e práxis autoritária (1822-1945)”, en Rouquié, A.; B. Lamounier y S. Schvarzer *Como renasce as democracias* (San Pablo: Brasiliense).

Trindade, Hélió 1986 “La construcción del Estado nacional en Argentina y Brasil (1810-1900)”, en *Revista Mexicana de Sociología* (México) Ene-Mar.

Uricoechea, Fernando 1978 *O minotauro imperial* (Rio de Janeiro-São Paulo: Difel).

Vaillant, Marcel 1999 *Especialización sectorial y política comercial en el intercambio bilateral de los países de la ALADI con los Estados Unidos* (Montevideo, Secretaría Central de ALADI) Estudio 124, Octubre.

Vigorito, Andrea 1999 “La distribución del ingreso en Uruguay entre 1986 y 1997”, en *Revista de Economía* (Montevideo: BCU) Segunda Epoca, Vol. VI, N° 2, Noviembre.

Notas

1 Estas posiciones hegemónicas en el plano económico de Argentina y Brasil se han expresado en el ámbito internacional también fuera del Mercosur, donde ambas ocupan un lugar en el G-22 de las potencias económicas occidentales y mercados emergentes, así como en el G-24 de los principales países en desarrollo.

2 El PBI promedio para los años 1991-1992 (en millones de U\$\$ de 1985) era de 168.504 en Argentina, y de 602.343 en Brasil.

3 En este sentido, la perspectiva rompe con cualquier pretensión de continuidad con las tradiciones de las filosofías de la historia o las teorías evolucionistas que suponían la idea de sentido de progreso lineal tan típico del pensamiento occidental.

4 La metodología de la sociología histórica comparativa, de reconstruir por medio de variables claves al mismo tiempo las matrices comunes y las trayectorias históricas diferenciales, ha sido explicitada entre otros por Tilly (1996) y Badie y Hermet (1993).

5 Varios autores han utilizado recientemente este concepto. El significado del término tal como lo usamos en este artículo posee una afinidad muy cercana a la realizada por A. Garretón (1995), aunque no se asumen todas las consecuencias teóricas del autor referido.

6 Es preciso advertir que la dimensión económica va a ser la menos tratada en el presente artículo, por varios motivos: porque sobre ella ya existen mayores estudios o antecedentes, y asimismo, porque el trabajo pretende resaltar las dimensiones sociales y políticas generalmente menos asociadas o discutidas en los procesos de integración.

7 Fernando Uricoechea ha distinguido con particular énfasis las diferencias entre el padrón brasileño de militarización temprana de la sociedad y profesionalización tardía del ejército, versus el padrón de las ex-colonias hispánicas de América Latina, caracterizado por la profesionalización precoz de las fuerzas armadas y la militarización tardía de la sociedad (1978: 87.)

8 Scott Mainwaring y Timothy Scully ubican a Brasil entre los sistemas partidarios menos institucionalizados de América Latina (1994: 43-79).

9 Distinción bastante usual en la literatura sobre la temática.

10 Dentro de este grupo se encontraban también los casos de Canadá, Nueva Zelandia y Australia, aunque con algunas diferencias cruciales en la modernización e influencia de las clases dominantes rurales tradicionales terratenientes, que marcarán los desarrollos futuros durante el siglo XX (Filgueiras, 1984: 35; 1997: 15).

11 El reconocimiento de la abolición de la esclavitud con rango constitucional se realizó en 1853 en Argentina y en 1830 en Uruguay.

12 El caso argentino es interesante porque pese a recibir una cantidad importante de esclavos negros en la etapa colonial, durante el proceso de formación del Estado nacional se produjo un cuasi exterminio de la raza negra, fundamentalmente debido a tres factores: a) el mestizaje, b) las pestes, y c) la participación masiva en las guerras militares contra los indios (Morrone, 1996: 12).

13 Para el caso uruguayo los estudios sobre estructuras de clases estiman la magnitud de las clases medias en 29,9% de la población en 1985 (Errandonea, 1989: 80). En cuanto a Argentina, el estudio realizado por Susana Torrado calcula el tamaño de los sectores medios en 40% para el año 1980 (1992: 188).

14 El ejemplo típico de este último aspecto puede encontrarse en el libro clásico de Wanderley Guilherme Dos Santos (1978).

15 Sólo por mencionar algunas de las más conocidas a modo de ejemplo, la lentitud de los avances en la longevidad o en la matriculación educativa en comparación con el PBI para el caso del IDH; o las metodologías de cálculo de la línea de pobreza, y su comparación con la metodología de las necesidades básicas insatisfechas.

16 Los niveles de desigualdad de Brasil son superiores a la media de los países latinoamericanos, y existe prácticamente el doble de distancia con los patrones de desigualdad de los países más desarrollados (Banco Mundial, *Informe sobre el Desarrollo Mundial* 1991).

17 A título ilustrativo, el sector primario brasileño ocupaba en 1950 al 59,9% de la PEA y contribuía con el 24,28% del PIB, mientras que el sector secundario ocupaba apenas el 14,18% de la PEA y aportaba el 24,14% del PIB. Hacia 1980 las relaciones se invertían, multiplicando en un tercio la participación del sector secundario y reduciendo en dos tercios la participación del sector primario. De esta manera tenemos que en los primeros años de la década del '80, el sector primario daba empleo al 29,28% de la PEA y contribuía con el 9,81% del PIB, mientras que el sector secundario ocupaba al 24,92 de la PEA y aportaba el 34,43% del PIB. Cifras tomadas de Wanderley Guilherme dos Santos (1986: 31-36).

18 Utilizamos el concepto de desarrollo político en un sentido amplio, que engloba las dimensiones clásicas señaladas por Dahl (1971), pero además otras que hemos considerado relevantes en la literatura comparada (Badie y Hermet, 1993).

